

## YANGUAS Y MIRANDA

(Su vida y su obra)

Como dijo Lucano en *La Farsalia*: «No muere el hombre si su muerte vive». El día 25 de septiembre de 1963, al cumplirse cien años de la muerte de don José Yanguas y Miranda, la Diputación Foral de Navarra y la Institución «Príncipe de Viana», el Ayuntamiento de Tudela y la Real Sociedad Tudelana de Amigos del País rindieron homenaje de recuerdo y admiración al historiador de las Antigüedades, Fueros y Leyes de nuestro viejo Reino.

Yo, que, como paisano del homenajeado, participé en los actos de la conmemoración centenaria, quisiera dedicar unas páginas a la vida laboriosa y a la obra inmortal del tudelano insigne que tanto trabajó por Navarra y su historia.

Tudela, entre otros méritos, tiene uno muy valioso. El de haber dado a España muchos hombres ilustres: viajeros y poetas, inventores y astrónomos, teólogos e historiadores, eruditos y músicos. Ahí están, por no citar otros, el judío Benjamín-ben-Jonáh, los poetas Yehudá-Ha-Leví y Abraham-ibn-Ezra, Guillermo de Tudela y Miguel Servet, Jerónimo de Arbolanche y el Padre Sártolo, Cristóbal María Cortés y los Tornamira, Domingo de Gaztelu, Juan Antonio Fernández y Gaztambide.

Y entre ellos —¡cómo no!— figura el personaje de este estudio: el historiador Yanguas y Miranda.

Yanguas, hijo de una familia humilde de labradores, nace en 1782 y es bautizado en la parroquia de San Salvador. Tendría cuatro o cinco años cuando su padre, a quien nombraron sobrestante del Canal Imperial, tuvo que trasladarse a *Zaragoza*, con su familia. Y en Zaragoza, en el colegio de las Escuelas Pías, Yanguas estudia las primeras letras, con singular aprovechamiento. Era lo que se dice un chico listo. Y muy aficionado a la lectura. ¡Buena señal!

Cuando cuenta con 14 años, su familia vuelve a Tudela y él logra empleo como amanuense del Ayuntamiento. Sus padres hubieran preferido darle carrera, pero no tenían dinero y el pariente que estaba en condiciones de costear los estudios de su sobrino «se llamó andana».

Por el tiempo en que Yanguas vuelve a su pueblo —1795— los franceses han matado a su rey y París vive los delirantes y sangrientos días de una Revolución que pasará a la historia con mayúscula y que habrá de influir, andando el tiempo, en las ideas y en la vida de nuestro personaje.

La Tudela que Yanguas conoció cuando era un escribiente municipal difería bastante de la de hoy. La conocemos bien, gracias al *Diccionario geográfico de la Real Academia de la Historia* del año 1802 y a los relatos de dos escritores forasteros.

El *Diccionario*, dice que en 1799 Tudela tenía 7.300 habitantes, 9 parroquias y 10 conventos. Se alzaban todavía las puertas del antiguo recinto amurallado y dos de los tres torreones del puente sobre el Ebro. Casi todas las casas tenían pozo o fuente.

Con anterioridad al *Diccionario*, y en el año 1787, apareció en Burdeos el libro titulado *Cartas escritas por Mr. de Fer al autor del Correo de Europa, en que le da noticias de lo que ha observado en España*.

Son cuatro cartas, la última de las cuales aparece fechada en Tudela el 3 de septiembre de 1783, esto es, al año de nacer Yanguas.

Según he averiguado, el autor de estas cartas fue un español, de origen alavés, que se llamaba Valentín-Tadeo Echeverría y Foronda.

Pues bien; este viajero nos habla de Tudela: de las rondas nocturnas que solían terminar a puñaladas y pistoletazos; de la loca afición al juego del *zacanete*, «origen —dice— de la hambre, trabajos y lágrimas que vierten muchas familias»; de la pasión taurina que sentían los tudelanos y de las corridas en la Plaza Nueva. El encierro de los toros se hacía entre dos filas de hombres, y en el desfile previo a la corrida, que hoy llamamos «el paseillo», abrían marcha dos o tres picadores, a los cuales seguían los toreros de a pie, llevando en las manos las banderillas. (Como en algunas representaciones de la ópera «Carmen»).

Dice *Mr. de Fer* que entre la multitud de barbaridades que presenció en el coso tudelano le chocó la siguiente: «Salen a la plaza una docena de hombres, armados de chuzos. Se unen, van ante el toro, el toro les embiste, los desordena y tiende a algunos en tierra. Vuelven a rehacerse y a formar su línea... los vuelve a desordenar. Pero al cabo llegan a arrinconarlo (al toro) y acaban con él». (A puro de lanzadas, se entiende).

Nuestro viajero, atribuyendo sentimientos sanguinarios al público, dice al final: «Todos quedan contentos y celebran la función si ha quedado muerto algún torero o se han destripado una docena de caballos; pero si no sucede alguna desgracia, no vuelven satisfechos a sus casas» (¡Vaya por Dios!).

Más completas y más interesantes son las noticias que sobre la Tudela de finales del siglo XVIII nos dejó en sus *Memorias de un emigrado gascón* un sacerdote francés, que se llamaba José Branet y que, huido de su país por no querer jurar la Constitución, residió en la ciudad del Queiles en el año 1793.

Los tudelanos —dice— sentían una enorme afición por las novilladas. Y, aparte de las fiestas, aprovechaban los días de determinados Santos o el hecho de haber sido promovido un paisano a algún cargo importante para correr novillos.

Lo que los mozos de nuestros pueblos hacen hoy con las vacas emboladas, los de Tudela lo hacían con novillos «en puntas». Corrían ante ellos, los recortaban, se hacían unos a otros el quite, y cuando se veían apurados, «corren —dice el autor— a uno de los lados del circo, a lo largo del cual hay cuerdas colgando, donde se agarran para levantarse y evitar las cornadas.»

Estas funciones se amenizaban con diversas suertes: el muñeco de mimbre llevado por un mozo que se colocaba tras él y que huía cuando el bicho embestía al muñeco; la estatua en cuyo hueco habían encerrado gatos y crías de zorro; el hombre y la mujer de madera que giraban, en los cabos de un palo, sobre un eje o pivote...

Nuestro cura francés presenció las funciones taurinas de las fiestas. Y la corrida del 28 de julio, con Pepe-Hillo como matador.

«En ese mismo día —escribe— las religiosas capuchinas y las de la Enseñanza hicieron correr una ternera en el interior de su convento, de modo que no hubo comunión al día siguiente, aun cuando era de regla.»

Lo que más le asombró a nuestro huésped es que bendijeran a los novillos que habían de correrse el día 25. «¿Era para que fuesen más bravos o para que no hiciesen daño? No han sabido darme razón de esto», concluye, sin haber aclarado sus dudas.

Por lo demás, Branet lo observa todo y nos habla de todo: de las funciones religiosas, del Angel y del Volatín cuando se celebraban a la misma hora en la Plaza Vieja, de las rondas nocturnas con su epílogo de reyertas y crímenes, de los sacristanes que tenían un genio endemoniado y le metían prisa para que terminase de celebrar, de los corruelos de mujeres jugando a la baraja en plena calle, de los cofrades de las tabernas, que «desde el punto de la mañana hasta las ocho, en que van al trabajo, se están como postes, bebiendo y hablando», de la peligrosa costumbre de poner cántaros a refrescar en las ventanas, y de la todavía más peligrosa de gritar *¡Agua va!*, antes de arrojar a la calle aguas sucias y porquerías. (Confiesa que una vez lo pusieron perdido de basuras).

Se ve que en aquel tiempo las casas carecían de excusados. «¿Por qué —dice Branet— no ponen retretes?». Y añade: « Se ve uno obligado a solazarse en el corral donde están los cerdos, que vendrían encima de uno si no fuera por un gran palo que ponen a la entrada y del que es prudente armarse para alejarlos».

Por cierto, en este manuscrito es donde su autor dice, a propósito de la religiosidad, que «los españoles son mártires del Credo y herejes de los mandamientos». (La frase tiene miga).

Pero sigamos con la vida de nuestro personaje. Como dije, Yanguas vuelve a Tudela a los 14 años. Se pasa once de oficial de secretaría. Y, por fin, en el año 1807 le nombran escribano del Ayuntamiento.

A Yanguas va a tocarle historiar lo ocurrido en Tudela durante la maldita Francesada. Y fue una suerte para Tudela que Yanguas recogiese los sucesos de aquellos años (del 8 al 13) tan agitados y tan interesantes hoy para nosotros. Para él la guerra de la Independencia tenía malos recuerdos. Sobre todo uno, del que fue víctima en 1812. La cosa ocurrió así:

Un año antes —en enero de 1811— Espoz y Mina, sin consideración a que Tudela se encuentra dominada por los franceses, exige que el Ayuntamiento le proporcione 200 vestuarios completos, que le dé cuenta de la recaudación de Bienes Nacionales y le facilite armas. La ciudad, temerosa de sus dominadores, se resiste a contribuir. Pero Espoz se la guarda y aguarda. Cuenta con partidas volantes repartidas por todo el país. Y el día 20 de mayo del año 12, cuando Yanguas, como secretario de Tudela, se dirige a una Junta de riegos en Valtierra con dos diputados del campo de Traslapuente, una partida de guerrilleros dependientes de Espoz aprisiona a los tres comisionados y los secuestra durante mes y medio, obligándoles a seguir la marcha de las tropas, hasta que Tudela promete formalmente aportar cuanto se le pide.

Cuando Yanguas y sus dos compañeros regresan a Tudela, el Comandante militar francés (Cournier de Pilbert) se empeñó en arrestarlos, porque habían salido a Valtierra sin su permiso y porque aquel secuestro podía ser una farsa para justificar que la Ciudad ayudase con armas, vestuarios y dinero a los abrigantes». Dice Yanguas que hubieron de aplacar al francés con un regalo de alhajas de plata por valor de 600 duros. Y que así consiguieron, no sólo que les dejase en paz, sino que de allí en adelante hiciera la vista gorda en los su-

ministros que hizo Tudela a nuestros guerrilleros. (Un contingente diario de 300 raciones de carne, pan y vino, y 50 de cebada y de paja).

Yanguas se vengará de su secuestro cuando, ya anciano, escriba su novela *Vida del capitán D. Juan Lanas*. Luego veremos lo que dijo en ella de Espoz y de su gente.

Ha terminado la Francesada. Estamos en el año 14, cuando Fernando VII gobierna como rey absoluto. Es el año en que Yanguas se verá empapelado por culpa de un paisano rencoroso.

En el año 14 era depositario de Tudela don Ildefonso Arnedo, hijo del secretario a quien Yanguas sustituyó. Este Arnedo, furioso de que Yanguas le advirtiera (primero amistosamente y luego ante el Ayuntamiento) que en sus cuentas faltaban 30.000 reales, la trama contra él. Dice que Yanguas se los robó, que había defraudado al erario municipal y que tenía libros de magia. Y cuando el ofendido se querrela contra el calumniador, éste, que tenía un hermano abogado en el Real Consejo (el Tribunal Supremo de Navarra), se vale de él, y entre ambos le arman al secretario tudelano una trampa que ellos creen mortal. Le acusan nada menos que de reo de lesa majestad como falsificador de moneda, sacando a relucir que cuando Yanguas tenía de 15 a 16 años «se había empleado en cercenar y limar las monedas de plata y falsificar las de cobre, convirtiéndolas en pesetas».

Cinco años duró el pleito, en el cual los Arnedo echaron mano de testigos falsos e hicieron declarar a mujeres que habían sido criadas de su casa. El pleito fue algo así como el célebre parto de los montes. Porque todo lo que pudo probarse eran juegos y travesuras juveniles del acusado: que en casa de un platero había cercenado unas pesetas, limándoles el borde, y que, fundiendo aquellas limaduras, se había hecho una hebilla. Que en otra ocasión, Yanguas, por imitar a un prestidigitador que había pasado por Tudela, restregó la cara de un cuarto de cobre con el azogue de un trozo de espejo, para darle apariencia de peseta y hacer juegos de manos, ante un par de criadas y ante cuatro chiquillos, convirtiendo el cuarto en peseta y la peseta en cuarto. ¡Esto era todo!

Total; que a los cinco años de papeleo, la Real Corte, y más tarde el Real Consejo, absolvieron a Yanguas, condenando al acusador a pagar al acusado mil libras, aparte las 3.000 a que ascendían las costas. Al vengativo Arnedo, el tiro le salió por la culata. El pleito fue su ruina y tuvo que salir de Tudela.

Pero Yanguas, que consiguió librarse de la trampa del pleito, caerá poco más tarde en la trampa de la política. Veréis. Yanguas era de ideas liberales y celebró el pronunciamiento de Riego, que en el año 1820 obligó al rey a jurar la Constitución de Cádiz. Al cabo de tres años, los llamados «Cien Mil Hijos de San Luis» restablecen en España el absolutismo y los liberales se ven perdidos. Yanguas cesa en su empleo. Se lleva un libro de actas comprometedora para sus correligionarios, lo empapelan, y lo conducen preso al antiguo convento del Crucifijo, en Puente la Reina, en donde permanece, en condiciones lamentables, un año justo.

Cuando al amparo del decreto de amnistía sale de su prisión, se traslada a Pamplona. Y pasa por un trance desgarrador. En agosto del año 24, enterado de que su hijo está enfermo de gravedad, solicita pasaporte para Tudela. Se

lo niegan, y el hijo muere sin que su padre tenga el consuelo de verle. El pasaporte se lo dan cinco meses más tarde. ¡A buena hora! —Ya no lo necesito —dice Yanguas. —Tómelo y páguelo —le responden. Nuestro hombre, indignado, sale aquel mismo día para Francia.

Llega a Bayona, poco menos que con lo puesto. Y como de algo tiene que vivir, para que él, su mujer y sus hijos no se vean en la miseria, entra como aprendiz de relojero en el taller de Jean-Marie Lages.

Al cabo de año y medio se traslada de Bayona a San Sebastián, en donde abre un taller de relojería. Allí estará dos años, con la lupa en el ojo, manejando las pinzas y luchando con unos y con otros, para lograr que sea publicado su *Diccionario histórico de Tudela*.

En el año 28 vuelve a Pamplona y en el siguiente es rehabilitado en su oficio de escribano real, a petición del Ayuntamiento de su pueblo que necesita de sus servicios. Se traslada a Tudela en agosto del 29. Y dos meses después, en octubre, la Diputación le comisiona para estudiar el archivo de Pau. Nuestra corporación foral queda tan satisfecha de su trabajo que le paga mucho más de lo convenido y en la primavera siguiente le hace ir a Madrid.

¡Qué viajes los de entonces! El 24 de abril de 1830 sale Yanguas de Pamplona en calesa. Cruza el desierto de la Bardena, escoltado por guardias y guardianes para evitar asaltos de bandidos, y el 27 duerme en el Bocal. Toma allí el barco que a través del Canal Imperial le lleva a Zaragoza. Y sube en Zaragoza a la horrible galera de mulas que hace ¡trece paradas! e invierte ¡siete días! en llegar a Madrid.

¡Qué viajes los de entonces! Ir en galera de Tudela a Pamplona requería salir muy temprano, comer en Caparrosos, dormir en El Pueyo, y llegar a Pamplona a las doce o la una del día siguiente.

Cumplida su misión en los archivos de Madrid, Yanguas llega a Pamplona el 22 de agosto del año 30, y cuatro días más tarde la Diputación le nombra archivero de Navarra, «por sus conocimientos en letras antiguas, por haber arreglado el archivo de Tudela y haberse ocupado constantemente en el manejo de papeles».

Yanguas, como archivero, no desperdicia el tiempo. Desde las ocho de la mañana hasta la una y media de la tarde trabaja en el archivo de la Cámara de Comptos. A las tardes va al archivo del Virreinato. Y cuando acabe su labor en él, dedicará sus horas libres al de Comptos, al de las Cortes, y a preparar sus dos obras fundamentales: el *Diccionario de los Fueros y Leyes* y el *Diccionario de Antigüedades* de nuestro viejo Reino.

Yanguas está en su ambiente entre los viejos pergaminos, y ha llegado para él la hora de que sean apreciados sus méritos.

En abril de 1834 es nombrado Secretario interino de la Diputación, y en septiembre del 36, Secretario efectivo. Son los años de la guerra carlista. Terminada ésta con el abrazo de Espartero y Maroto, nuestro paisano tendrá que intervenir en el arreglo de la Ley Paccionada de 1840, y a su labor se debe, en muy gran parte, que Navarra, vencida tras la guerra civil y en las manos del vencedor, consiga conservar, contra viento y marea, sus fueros.

Después, Yanguas será el escritor incansable que, entregado de lleno a su "trabajo y su vocación, supo hacer compatible el desempeño de sus cargos de

secretario de la Corporación Foral y de Archivero de nuestro viejo Reino, con su magna labor investigadora y catalogadora, y con su producción histórica y literaria.

¡Trabajador infatigable y ejemplar! Otro que no fuese él se hubiera jubilado a los 65 años. Lo más a los 70. El tudelano no se jubiló nunca. Y ¡con más de ochenta años! sigue desempeñando su doble oficio, y su firma figura en las actas de la Diputación hasta que ya no puede ni con su alma, como suele decirse. Es el de Yanguas un caso asombroso de afición al trabajo, a la obra bien hecha, al heroico cumplimiento de su deber.

Murió cristianamente a los 81 años de edad, el día 25 de septiembre del año 1863.

Y —¡lo que es este mundo! O mejor dicho, ¡lo que es la ingratitud!—... en el acta de la sesión celebrada por la Diputación al día siguiente de la muerte de Yanguas, se da cuenta de su fallecimiento, se nombra sustituto y ¡acabáramos! Como hace notar Castro, «la muerte del que tanto laboró en servicio de Navarra no merece ni un elogio postumo. Constituye simplemente un trámite burocrático. Muere un empleado, se le sustituye por otro, y la vida continúa».

Su pueblo se portó mejor con él. El Ayuntamiento dedicó un homenaje a su memoria, acordó colocar su retrato en el salón de sesiones, y mandó celebrar, en sufragio de su alma, un funeral solemne en la Catedral.

He hablado de la vida de Yanguas y Miranda. Y quiero hablar ahora de sus obras, de algunas de las dieciséis que nos dejó a lo largo de su vida fecunda.

El primer impreso suscrito por él es uno del año 1821, protestando del proyecto de separar de Navarra a Tudela y a los pueblos de su partido situados a la orilla derecha del Ebro.

Y es en 1823 (año para él fatídico, por ser el de la vuelta del absolutismo y el de su prisión en Puente la Reina) cuando aparece su primer libro, obra de muchos años de trabajo: el *Diccionario histórico-político de Tudela*. «Lo compuse —confiesa el autor— en beneficio de mi amada patria».

Tuvo que publicarlo por el sistema de suscripciones. Se suscribió el Ayuntamiento con 150 ejemplares, y con otros tantos la Sociedad de Amigos del País. Se suscribieron muy pocos tudelanos. Sólo nueve. Luego, como en la copla de Cascante, vino lo de «al pagar me lo dirán». Y el pobre Yanguas, que se encuentra en la cárcel y que ha tenido que adelantar dinero a su editor, pasa los mil apuros y llega hasta emplear amenazas para cobrar de algunos suscriptores.

La cosa es que por estas y otras causas, y por culpa de la Censura —que suprimió más de un pasaje del texto— esta obra de Yanguas, impresa en Zaragoza el año 23, no pudo publicarse hasta el 28.

En este mismo año publica el *Diccionario de los Fueros y Leyes de Navarra*. Y al siguiente las *Adiciones*.

Luego, en su larga época de archivero y secretario de la Diputación, Yanguas encontrará facilidades para dar a la imprenta sus obras. Entre los años 32 al 46 aparecen, por orden cronológico, la *Historia compendiada del Reino de Navarra*, *La Contragerigonza*, contra Zuaznávar, los cuatro tomos de su obra fundamental: el magnífico *Diccionario de Antigüedades de Navarra*, la *Historia de la conquista del Reino de Navarra* de Correa, prologada y anotada

por él, las *Adiciones al Diccionario de Antigüedades*, la *Crónica del Príncipe de Viana*, la novela *Vida del Capitán D. Juan Lanas*, y el *Manual para el gobierno de los Ayuntamientos de Navarra*.

Y después de ocho años de descanso en su producción, en el 54, cuando ya es viejo y ha pasado de los setenta, Yanguas publicará, como propina, dos folletos muy cortos: el *Análisis apologético-crítico del juego llamado Monte*, en que recordará su juventud, aficionada al libro de las cuarenta hojas (la baraja), y el *Diccionario de las palabras anticuadas que contienen los documentos del Archivo de Navarra*.

Finalmente, en el año 58, cinco antes de su muerte, da a la imprenta el folleto titulado *Breves observaciones a la Estadística de Navarra de D. Florencio Sanz y Baeza*.

Pues bien, de entre estas obras, cuyo estudio y elogio daría margen a un trabajo extenso, sólo hablaré de tres (las más desconocidas y más raras), a saber: *La Contragerigonza* contra Zuaznávar, la *Vida del Capitán D. Juan Lanas* y el *Tratado sobre el juego del Monte*. En ellas nuestro Yanguas echa al ribazo su levita de erudito y de historiador, para escribir como hombre de la calle, y yo diría que como tudelano. Porque en ellas se nos muestra tal como es, y saca a relucir ese genio chancero y burlón, irónico y agudo de las gentes nacidas entre el Queiles y la Mejana.

Comenzaré hablando de la *Contragerigonza* y explicando el motivo que impulsó a Yanguas a escribir esta obra polémica.

En los años 1827 al 29, un donostiarra de muchas campanillas, que se llamaba Don José María de Zuaznávar, Francia, Caveró, Mogica y Maulón, y que se titulaba «Del Consejo de Su Majestad, Oidor jubilado del Real y Supremo Consejo de Navarra, Alcalde de la Real Casa y Corte, individuo de las Reales Academias Española y de la Historia, y de otros varios Cuerpos literarios», publicó un farragoso mamotreto en cuatro tomos, con el título de *Ensayo histórico-crítico sobre la legislación de Navarra*.

En él, su autor trató de congraciarse con el gobierno, enemigo de la foralidad navarra y, después de afirmar en el prólogo que «su amor por Navarra era tan grande como si fuera navarro», en el texto venía a sostener que nuestros fueros, libertades y gobierno no tenían apoyo legal y habían sido inventados por los navarros.

¡Qué más quería Yanguas! Aquello era meterse en su terreno y herirle en lo más vivo de su fibra foral. Y como el libro del pomposo Académico de la Lengua y de la Historia, a más de tendencioso y falso, era pobre, indigesto y escrito malamente, Yanguas, que escribía muy bien, se dedicó a cazarle al donostiarra gazapos y dislates, y lo puso como chupa de dómine.

Y como para muestra basta un botón, citaré como muestra varios botones... de fuego. En una de las páginas de su *Contragerigonza*, Yanguas le dice a Zuaznávar que en su *Ensayo* hay epígrafes de capítulos sin capítulos. Por ejemplo, el que dice «*Don Sancho, por patronímico Ramírez*».

«Aquí —comenta Yanguas— se proponía al parecer el señor Zuaznávar contarnos la historia de la jurisprudencia en tiempo de este rey, pero no dice sino que *Sancho Ramírez fue hijo de D. Ramiro Sánchez, aquel célebre hijo de D. Sancho el Mayor, de quien hablan tantas y tales cosas los historiadores de Aragón*.

«Que es como si dijera:

Memoria de la ropa blanca  
que trajo mi hijo Crispín de Salamanca:  
primeramente un escarpín.  
Y aquí dio fin  
la memoria de la ropa blanca  
que trajo mi hijo Crispín de Salamanca.»

Otra pulla: Cuando Zuaznávar habla de las persecuciones políticas que tuvo que sufrir (por culpa de los liberales) y de que «por ciertos barruntos» salió de Pamplona en 1822, Yanguas le dice: «Salió de Pamplona en 1822 y se estuvo quietecito en su casa de Hernani hasta septiembre de 1823, pero sin renunciar al sueldo... En fin; abandonó el mundo, como cuentan de cierto ratón, y se metió en su queso.»

Hojas más adelante se mete Yanguas con un gerundio desdichado de su académico competidor. El cual había escrito: «Con este título se apoderaron los godos de la España toda, *tiempo andando*». Nuestro paisano le apostilla, implacable:

«¡Bendito sea el lenguaje y la madre que lo ha parido! De aquí en adelante diremos con versos jerigoncescos:

El Señor Zuaznávar, tiempo andando,  
de sus errores literarios, lágrimas corriendo,  
mostró arrepentirse, con ojos llorando,  
de cuanto tiene dicho, pluma escribiendo.»

En otro lugar el motivo de la burla de Yanguas es un adverbio de **mala** sombra. «Todo esto es *tan* así», escribe Zuaznávar. Y Yanguas le replica: «Tan tan...

Tanto bailé con la gaita gallega,  
tanto bailé, que me enamoré de ella.  
Tanto bailé con la moza del cura,  
Tanto bailé, que me dio calentura.»

Finalmente, nuestro paisano, tomando a chungu un párrafo sin conexión, algo que no pegaba ni con cola con lo que su contrario trataba de decir, le encaja esta jotica ribereña de mala pata:

El paño de tus calzones  
y el sastre que los cosió  
o no tienes corazón  
o serás de bronce o peña.»

El vapuleo de Yanguas al pedante y engreído Zuaznávar hizo que éste, en su libro *Mis ocios*, se descargase contra el tudelano, llamándole «escribano falsario, que tuvo que escaparse de Navarra y aquí en Bayona nos plantó una tienda de relojería..., que en San Sebastián se metió a chalán o negociante de toros...»



(Este último reproche me hace pensar que Yanguas, durante su estancia en la capital donostiarra, se habría encargado de adquirir toros de sus amigos tudelanos Guenduláin o Lizaso, para las corridas de la capital o de algún pueblo guipuzcoano).

Si la *Contragerigonza* es un libro polémico, la *Vida del Capitán D. Juan Lanás* es toda una novela simbolista y fantástica, pero insidiosamente alusiva, porque su fondo constituye una sátira mordaz contra la política, las leyes, las costumbres, los vicios y los odios partidistas de la España que Yanguas conoció.

Al principio, la novela es más bien realista e histórica. Pero luego el autor vuela en alas de su fantasía. Lo más interesante es el comienzo, donde, a cuenta de las primeras aventuras de su personaje, Yanguas se pitorrea de una de las primeras guerrillas de Navarra, de la de E. (Andrés Eguaguirre), un viva la Virgen, natural de Mendigorriá, que, comisionado por Palafox para levantar un batallón de escopeteros en Navarra, comenzó «tirando pa casa» y ascendió a capitán a su padre, nombró teniente a uno de sus hermanos y subteniente al otro, y se dedicó a vaciar las arcas municipales de los pueblos donde caía.

Cuenta nuestro paisano cómo aquellos feroces guerrilleros robaban caballos y exigían raciones y dinero. Todos querían ser soldados de Caballería. Y añade:

«Teníamos un capellán, el Padre Lucia, que se agenció un caballo. Llegamos a un pueblo donde cierto paisano que conocía al capellán le convidó desde la taberna a echar un trago, y el Padre le contestó:

«—Amigo mío. Si me lo traéis aquí lo beberé; pero desmontarme ni por pienso, porque si dejo mi caballo entre esta gente, me quedará soldado de a pie sin remedio.»

Luego habla con encono de la guerrilla de su secuestrador Espoz y Mina y de la inseguridad en que puso las vidas de los mismos españoles aquella gente «suspica y feroz por necesidad. ¡Desgraciado aquel que con mirarle a la cara manifestase alguna turbación!... La justicia se hacía en el campo del honor, sin la menor formalidad de proceso, y no había término medio entre cortar una oreja, un fusilamiento, o la libertad completa cuando el acusado tenía la fortuna de persuadir acerca de su inocencia. Si era rico, solía transigirse el negocio con una gruesa suma. Las mujeres eran azotadas impudicamente por mano de los soldados. El jefe de guerrillas destinado en las cercanías de Pamplona para impedir las comunicaciones con esta plaza, dirigió un día al general el parte que sigue: «Mi general: he cogido a un probe limonero y lo he colgado de un árbol *por ciertos motivos.*»

Dicho esto de la única novela de Yanguas, hablaré de su obra más rara (sólo conozco de ella el manuscrito del autor y un ejemplar impreso). Me refiero al brevísimo folleto que con el nombre de *Análisis apoloético-crítico del fuego llamado Monte* apareció en 1854. Lo encabeza con esta cuarteta:

Yo me divierto jugando.  
Gane que pierda es lo mesmo:  
si gano, gano el dinero,  
si no, lo que me divierto.

Con patente ironía afirma nuestro eximio paisano que el juego «no es sino un comercio, el más agradable y lucrativo que se conoce»; que la vida del jugador «es la más grata, lisonjera y seductora de este mundo miserable». «El juego —añade— destierra al avaro y hace que circule el dinero. El jugador es pródigo, y no hay arte que no prospere a su sombra, si se exceptúa la literatura. El jugador, lejos de ser un vago, trabaja. Trabaja en discurrir y calcular si ha de venir un rey primero que una sota»...

Y sigue en este tono, describiendo las jugadas y lances del monte, y hasta las trampas que usan los tahures fulleros.

Pero, el diablo la enreda, y por culpa de esta obra tuvo Yanguas muy serios disgustos. El gobernador de Navarra —que debía de ser un hombre obtuso y sin sentido alguno del humor— viendo en ella, como rezaba el título, una apología más que una burla, ordenó recogerla y quemarla, y condenó a su autor a una multa de 500 reales vellón, que no llegó a pagar.

Yanguas, no sabiendo a qué carta quedarse, quiso conocer la opinión de su amigo, don Modesto Lafuente. El célebre autor de la *Historia de España* leyó el folleto y le dio la razón al tudelano. Le decía: «Desde luego comprendí que el objeto de usted no era hacer una defensa de aquel juego, sino por el contrario una crítica para ridiculizarle, y no sé cómo ese Señor Gobernador no lo ha comprendido así... Verdad es que al principio emplea Vd. a veces un tono más grave y formal del que podría convenir al objeto y condiciones de una sátira, aunque hartos se conoce la intención».

Como, gracias a Dios, los hombres de hoy no sienten por el naipe la pasión que sentían los del tiempo de Yanguas, el *Análisis del juego del Monte* tiene poco interés, la verdad. Lo más interesante es el dibujo que lo ilustra, en donde el propio Yanguas aparece efigiado, de pie, tomando apuntes en un papel y de espaldas a la mesa de juego. Yanguas, a quien llamaban «el Secretario», por su talla mezquina, figura a la derecha del grabado, con sombrero de copa, anteojos y patillas. En torno de la mesa, donde el banquero *oficia* entre dos candeleros, se ven unos catorce o quince «puntos» y bastantes «mirones».

Y vamos ahora con *los cipoterros*. Que yo sepa, Yanguas sólo escribió dos artículos de costumbres. A mitades del siglo pasado, y en los años 35 al 60, estuvo muy en moda el costumbrismo al estilo de Larra, de Mesonero Romanos, y de *Los españoles pintados por sí mismos*. Pues bien; Yanguas, siguiendo la moda, publicó en el año 42 y en el *Semanario Pintoresco Español* un pequeño trabajo sobre *El Carnaval de Tudela — Los Cipoterros*. Y en el año 50, en *La Epoca*, un artículo extenso, titulado *El candidato de Diputado a Cortes*.

Como el tema de este último trabajo no tiene actualidad en nuestros días, daré a conocer el texto del primero. Dice así:

«Si Milán ha conservado todavía algunos recuerdos de su antiguo lujo en el carnaval, sustituyendo los dulces y bombones con sus nevados *coriandoli*, en esta ciudad existe aún en toda su pureza la inmemorial costumbre de sus *cipoterros*, nombre con que se designa vulgarmente a los máscaras o disfraces que en las tres tardes de carnaval recorren las calles más principales de ella. Sus trajes, en general, no tienen el mérito de la elegancia y del buen gusto, como que esto no constituye el lucimiento del máscara. Un traje de marinero o de roncalés, de aldeano o de valenciano, una camisa de color, ceñida por encima de un pantalón blanco con una faja encarnada, suelen ser las generalmente adop-

tadas. De su hombro derecho pende una funda de almohada, que atada por una de las puntas de la boca y otra de las del hondón, queda debajo del brazo izquierdo. Su diestra empuña un grueso garrote de cinco palmos de largo, de cuyo extremo cuelga atada a una cuerda una gran bota con pelo, perfectamente henchida de aire, arma de defensa y requisito indispensable del *cipotero*. El más elegante, el que más se luce, es el que más veces ha entrado en casa del confitero a llenar su funda de almohada, cuyo peso le abrumba, y del que bien pronto se aligera al llegar frente a los balcones de sus familias, o a los que ostentan las gracias de las ninfas por quien suspiran los jóvenes de cada cuadrilla. Aquí es el ver el fuego graneado de papeletas, dulces sueltos, peladillas y bombones que se dirigen a sus hermosos rostros, ataques de que más de uno de ellos, que no tiene la precaución de retirarse, suele salir lastimado.

«Mientras los unos se afanan en introducir los cucuruchos en los balcones, los otros descargan sendos botazos sobre los muchachos, mujeres y hombres campestres, que por coger los dulces que no se han acertado a introducir en ellos, reciben con gusto sobre sus espaldas los terribles golpes de las botas hinchadas, que botan sobre ellas como pelotas de goma. Son tantas las arrobos de dulces que se consumen, que muchos años, después de apurados los repuestos de los confiteros (que no son escasos), y no teniendo qué tirar, se han llenado las fundas de pastillas y bolas de chocolate».

En mi *Vocabulario Navarro* incluí la palabra *cipotero*, con que hoy día designan a la máscara o disfraz de Carnaval en Tudela, Corella y valle de Roncal. Y recogí el pareado:

Cipotero malandraco  
que no tienes pa tabaco,

con que los chicos de Tudela apostrofaban a los cipotereros de antaño, tachándoles de miserables y de impecunes, cuando no les echaban confituras.

En Aragón, continúan llamando *cipote* al individuo bajo y barrigudo. Y a un máscara que sale en Tarazona y al que acometen todos los chiquillos le dan el nombre de *cipote-gato*.

A los que en Tudela llamamos *cipotereros*, en Ablitas los llaman *zaputereros* y *ziputereros* y en Cintruénigo *zarramusqueros*.

Todavía, en Tudela y Corella permanece la frase *Ponerse como un cipotero*, que entre los tudelanos significa ponerse perdido de suciedad, y entre los corellanos, hartarse de comer.

Pero dejemos estas digresiones lingüísticas y volvamos a Yanguas. El cual sigue diciendo:

«Es imponderable la afición que tienen los tudelanos a esta diversión; pues aun en tiempo del despotismo, y a pesar de las rígidas órdenes del Supremo Consejo de este reino, si los alcaldes eran un poco tolerantes, el pueblo se entregaba con ímpetu a su loca alegría, procurando evitar el encuentro de la ronda que con objeto de estorbarlos recorría las calles muy pausadamente, para dar lugar a que los disfraces, a su vista, variasen de dirección. En uno de los primeros años del siglo actual, habiéndose empeñado el alcalde en cumplir exactamente las órdenes del Consejo, negándose a las súplicas de sus amigos para que los tolerase, se valieron éstos del ardid de encerrarlo con llave en el corredor o azotea del convento de carmelitas descalzos, donde se estaba pa-

seando después de comer, y disfrazándose al momento una cuadrilla, al poco rato se llenaron las calles de máscaras, de tal modo que cuando el alcalde pudo salir de su prisión, le fue imposible el estorbarlos. Son pocos los que salen las tres tardes; algunos se disfrazan dos, los más reservan el hacer el cipotero hasta el último día, que es el más divertido; y en verdad que a la par que muy poco económico, es un ejercicio demasiado violento para repetido, porque el cuerpo y los brazos se cansan de dar botazos, y es preciso conservarse para recorrer las tertulias desde el anochecer hasta las once, hora en que principia el baile en el teatro, punto de reunión donde se espera que alumbre el miércoles de ceniza, como en las noches anteriores se ha esperado la venida del siguiente día».

Si me he detenido algo en hablar de estas obras, que muy pocos conocen, es para que se sepa que Yanguas fue no sólo el historiador de las antigüedades, fueros y leyes de Navarra y Tudela, sino el hombre que cultivó las letras en muy diversos géneros. Porque era esencialmente un literato, que escribía con soltura y donaire, concisa y llanamente, sin arrequives y sin circunloquios.

Del Yanguas erudito, del Yanguas archivero e historiador, ¿qué podría decir que no hayan dicho otros en elogio de su obra? Sólo quiero poner de relieve que sus libros históricos fueron la admiración de sus contemporáneos, no sólo de Navarra, sino de España y del extranjero, y le relacionaron con los historiadores y escritores más famosos de su época. En uno de mis libros, en *Historias y Costumbres* y en el capítulo «Carmen, la gitana que sabía vascuence», hablé de la correspondencia de Yanguas con el autor de *Carmen*, Próspero Merimée.

No hace mucho, leyendo el libro del famoso publicista y arqueólogo francés Cénac-Moncaut, titulado *L'Espagne inconnue* (París, 1861), encontré un gran elogio de este autor al archivero de nuestro viejo Reino.

Todos los sabios, anticuarios e historiadores interesados en la historia o las leyes navarras, y todos los viajeros ilustres que pasan por Pamplona en el segundo tercio del siglo último se relacionan con nuestro paisano y recurren a él.

La Real Sociedad de Anticuarios de Copenhague, la Real Academia de la Historia española, y la Sociedad de Anticuarios del Oeste de Francia le honraron, designándole miembro correspondiente de las mismas. La Sociedad Arqueológica de Madrid le otorgó, por su parte, el título de socio de mérito.

Yanguas fue un publicista admirable, que tuvo en vida la satisfacción de ver reconocidos su valía y el fruto de su esfuerzo. Y ¡lo que es la grandeza del escritor y la perpetuidad de la obra bien hecha! Al cabo de cien años, su nombre suena en alas de la fama, y seguirá sonando en el futuro, mientras Navarra siga siendo Navarra.

¡Este es el premio del escritor! En sus tiempos de secretario de la Diputación, ¡cuántos hombres habría en nuestra tierra más brillantes y famosos que él! : Virreyes, diputados, militares, políticos, magnates, prebendados... ¿Qué quedó de ellos? ¿Quién recuerda sus nombres al cabo de cien años?

Todas aquellas gentes infatuadas se considerarían superiores al tudelano y mirarían por encima del hombro a aquel hombre pequeño, con anteojos y sombrero de copa, a aquel pobre y humilde ratón de biblioteca que se pasó la vida hojeando pergaminos en las viejas estancias de la Cámara de Comptos Reales, allá en la calle de Tecenderías, junto a la torre de San Cernin, frente a los

Tribunales de Navarra donde estaba archivado su proceso por falsificación de moneda.

Y sin embargo, Yanguas había de adquirir celebridad, y su figura sería venerada en los siglos siguientes.

¡Es curioso observar cómo la Gloria y la Inmortalidad señalan con el dedo a sus elegidos! De los cien o doscientos navarros que a lo largo del siglo XIX se creyeron ilustres y soñaron con transmitir sus nombres a la posteridad, ni uno de ellos logró su deseo. Sólo unos pocos hombres —siete u ocho— que no eran ricos ni de noble cuna y que aguantaron muchas penurias y calamidades hasta abrirse camino, habrían de gozar el privilegio insigne de pasar a la Historia.

Entre ellos se encontraba un aldeano, de montera y abarcas, que en el año 1808 —cuando Yanguas estaba en Tudela de secretario—, vendía aves y huevos en el mercado de Pamplona. Su nombre os sonará. Se llamaba Francisco Espoz y Mina.

En el año de la muerte de Yanguas había algunos más. Un cura narigudo, de Burlada, que había sido Maestro de Capilla y que era, en Madrid, profesor del Conservatorio.

Un escritor y periodista de Viana, católico y carlista a machamartillo, que por aquel entonces ha abandonado la literatura y tardará seis años en publicar la novela que le hizo famoso.

Un tipo alto, guapo y barbudo, que había compuesto no sé cuántas zarzuelas, y que seis años antes había dedicado una novena a la patrona de su pueblo.

Un pontesino, jovial, bohemio y trasnochador, que ocho años después estrenará en el Real una ópera de ambiente marinero.

Y dos jóvenes de apenas veinte años: Un pamplonés bajito y cabezón, que recorría España tocando su violín. Y un mozo montañés, feo, rudo y charro, que era entonces oficial de herrería en Pamplona.

¿Quién, en España, no oyó hablar de ellos?

Se llamaban Eslava, Navarro Villoslada, Gaztambide, Arrieta, Sarasate y Gayarre.

Pero, volviendo a Yanguas. No quiero terminar este trabajo sin dibujar, valiéndome de pluma y pincel ajenos, su figura moral y su figura física y humana.

Un coetáneo suyo, un tudelano, que peleó en tres guerras, se expatrió cinco veces, escribió muchos libros, y acabó sus andanzas en Londres, de profesor de idiomas; un mejanero ilustre, que se llamaba Manuel Martínez de Morentin, en una de sus obras, publicada en la capital inglesa al año de la muerte de Yanguas, alude a su paisano y nos dice:

«En Tudela y pueblos de su merindad era Yanguas más conocido que por su nombre por el cognomen de *El Secretarico*, demostrativo de su corta estatura y simétrica redondez de formas. Tenía los ojos vivos y saltarines y un alma de fuego. La frente era serena con alguna calvicie en las entradas, lo que anunciaba que en aquella cabeza había meollo —había inteligencia— había ideas».

« Si Yanguas hubiera viajado tanto como había leído, las concepciones bajo su pluma hubieran tomado un vuelo más elevado, un tono más épico que sólo se aprende en el gran mundo». Y añade:

«El Jardín de las Hespérides de Yanguas era la Mejana de Tudela; la isla encantada de Armida, el islote en que está situada la Mejana; y el Palacio de Atlante, el palacio del Marqués de Huarte o el Marqués de Fontellas».

Martínez de Morentin se equivoca al decir que si Yanguas hubiera corrido mundo, si hubiera abandonado su tierra, otro gallo le habría cantado. Estoy seguro de que si Yanguas lleva la vida turbulenta y viajera de don Manuel Martínez de Morentin, ni hubiera sido lo que fue, ni hubiera escrito cosa de provecho.

No sé quién dijo que «los escritores son igual que los árboles: sólo producen fruto arraigados en la tierra donde nacieron».

Pero el mejor elogio de Yanguas y Miranda lo hizo un publicista y catedrático aragonés, que era su amigo y su admirador. Hablo de don Jerónimo Borao, autor de muchas obras históricas y del *Diccionario de voces aragonesas*. Este sabio zaragozano, que conocía bien al archivero de Navarra y que más de una vez recurrió a sus conocimientos, escribe lo siguiente:

«Entre las prendas morales de Yanguas brilla, sobre todo, la modestia, que cuando no tuviera de notable sino lo que tiene de muy poco vulgar entre la gente de estudios, haría su persona muy recomendable. Las prendas intelectuales de que está dotado son también de mucha estima: su perseverancia ha sido incansable, su perspicacia no común, su criterio de los más seguros, su pericia diplomática extraordinaria, sus conocimientos históricos bastante extensos, su juicio sobre la civilización muy atinado».

Y añade don Jerónimo:

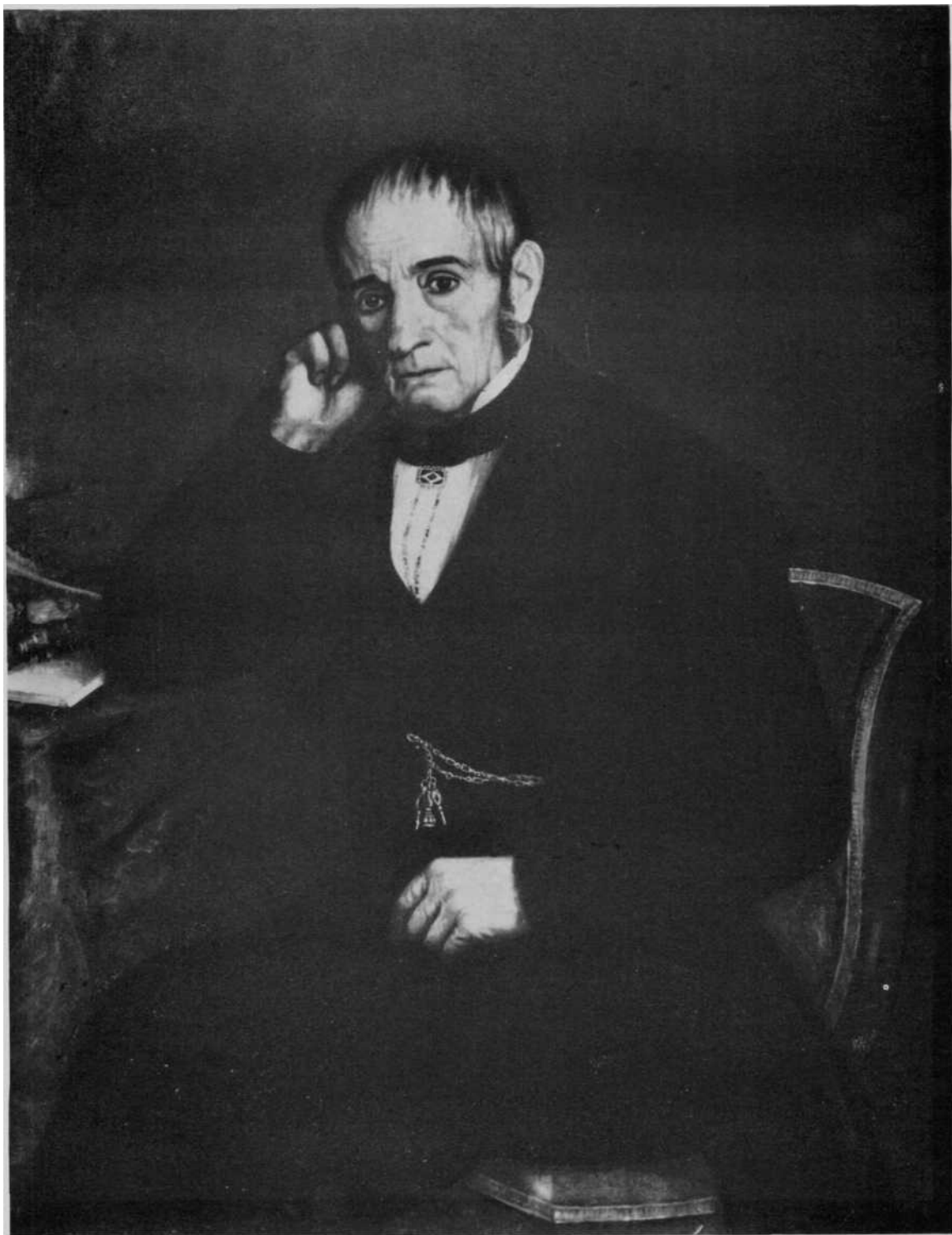
«Hemos de consignar el respeto que en su ancianidad nos infunde aquel sabio lleno de humildad, cuya pureza de costumbres le hace a todos venerable, cuyos eruditos trabajos le han dado nombre en Europa, cuyas numerosas obras son estudiadas y citadas por nuestros historiadores, cuyos placeres se reparten entre los encantos de la familia y el trato social de los muchos amigos que le rodean con afecto».

«El es el patriarca de los fueristas navarros, el más antiguo y decidido defensor de la constitución de aquel reino, el más celoso de sus anticuarios, el último de sus grandes historiadores».

Del aspecto exterior, del físico de Yanguas, tenemos un retrato mejor que el del grabado que incluyó en su folleto sobre el juego del Monte. Es el retrato al óleo que se conserva en el salón de sesiones del Ayuntamiento tudelano. No sabemos quién lo hizo; pero se trata de un cuadro excelente, donde el artista supo reflejar el alma del modelo.

Yanguas se nos presenta sentado en un sillón, junto a los libros de una mesa donde apoya su codo derecho, la mano en la mejilla. El viejo secretario y archivero aparece con el pelo canoso, con el rostro cenecño y ahondado de arrugas, la nariz abundante, la boca breve, prieta, el entrecejo duro, y unos ojos sagaces y profundos.

A través de los rasgos de su cara se adivina el rescoldo de un carácter enérgico, obstinado, y a la vez el cansancio del hombre que ha pasado en la vida amargas y sinsabores, y que en la última vuelta del camino parece meditar, desengañado de muchas ilusiones y entusiasmos que encendieron su vida en otro tiempo.



YANGUAS Y MIRANDA

Retrato al óleo de autor desconocido que se conserva en el Salón de Sesiones del Ayuntamiento de Tudela.





Había sufrido mucho y su alma conservaba las cicatrices de las viejas heridas. Había conocido tres guerras y los cambios políticos más radicales de la historia de España. Había sido víctima de un secuestro que duró mes y medio, de un proceso que duró cinco años, y un encarcelamiento prolongado durante doce meses. Había soportado el dolor de no ver a su hijo en sus últimas horas y las amargas hieles del destierro. Y había conocido tantas cosas, tantos odios y luchas, tantas ingratitudes y miserias, que estaría curado de espantos y «pasado por todas las brisas», como dicen los viejos de Tudela, con un símil vinario.

Le quedaría esa noble serenidad, ese aire de fatiga, y ese gesto indulgente del viejo, cargado de experiencia y de saber, que todo lo comprende y todo lo perdona.

Yo, viendo su retrato y sabiendo lo que sé de su vida, así me lo figuro.

*Pamplona, septiembre 1963*

JOSÉ MARÍA IRIBARREN

